



CORAZÓN DE LA COMUNIDAD

El padre José Luis Mejía, originario de Teocuitatlán de Corona, Jalisco, nos cuenta brevemente su experiencia misionera en Mozambique durante nueve años.

Desde hace nueve años atiendo dos parroquias: la de San Daniel Comboni, en Muxungue, y la de los Santos Mártires de Uganda, en Namapa, a 70 kilómetros de la primera. Entre ambas parroquias hay unas 36 comunidades por servir.

Los combonianos realizamos un curso de actualización y formación cada 10 años al que no he podido asistir porque no hay nadie que se encargue de las comunidades, pues en los dos

últimos años he estado prácticamente solo. Ahora el comboniano mexicano Pedro Ordoñez acaba de llegar a sustituirme y a trabajar con el padre Andrés, polaco.

Sé que los sacerdotes somos importantes para esta gente. En una ocasión me presenté en las oficinas administrativas, pues requería un permiso para transportar material a la misión. El personal administrativo, por burocracia, no me atendía y ya había transcurrido parte de la mañana.

Entonces llegó el jefe del departamento, máxima autoridad política en esa zona, y me dijo: «Padre, ¿qué lo trae por aquí?». Le contesté que requería un permiso y aún no me atendían. Inmediatamente dijo a los secretarios: «¡Atiéndanlo, porque él es como el corazón de la comunidad!». Me sorprendió su respuesta porque no es católico, y al mismo tiempo reflexioné sobre lo que representaba el sacerdocio para él y los suyos. Esta es una de las cosas que me llenan el corazón.

Otra experiencia fuerte son las secuelas del conflicto interno. Los militares que recorrían las aldeas atacaban a los civiles, disparaban y quemaban casas. Los rebeldes no lo hacían, ¿la razón?, la mayoría de sus militantes, incluido el líder, eran de esta zona, de la tribu *mandao*, así que estas comunidades apoyaban a los rebeldes.

A nivel nacional dicho conflicto trajo una fuerte crisis económica, el dólar pasó de 23 a 80 *meticales* (moneda mozambiqueña). Como consecuencia hubo un aumento de precios porque todo se importa. El costo de los alimentos básicos aumentó, los materiales de construcción subieron 150 por ciento. Todo se convirtió en caos. Actualmente Mozambique está en diálogo para ver si se consigue reestablecer la paz y la estabilidad política.

Sequía de larga duración

A esta problemática se añadió una sequía tremenda. Fueron dos años sin que cayera una sola gota del cielo. Era triste ver a familias que únicamente hacían una comida al día. En una ocasión en que visité a una comunidad que, por lo general, era muy alegre, fiestera y despierta, durante la eucaristía, ¡todos dormidos!, desde los niños hasta los ancianos. Todo a causa de la desnutrición, el hambre era mucha. En nuestra casa un sacerdote plantó muchos árboles de mango, tantos que podía hacerse una valla para los vientos, así que había muchos frutos. Les pedí a los jóvenes que me ayudaran a juntar los mangos. El domingo siguiente, al terminar la misa, dije a la gente que se comiera toda la fruta. Al final, me dijeron: «Gracias, padre, porque nos diste la comida de hoy».

Apenas concluyeron las actividades de ese día, escribí una carta solicitando a algunos amigos ayuda económica. Cuando recibí el dinero, adquirí costales de harina para repartirlo sobre todo en-



«Debo agradecer a Dios por esta experiencia... sirviendo a las comunidades que humanamente podía»

tre las ancianas y viudas. Solo les pedía anotarse y que vinieran a ayudarnos a la misión, comencé con 12 familias. Los demás no creían que por tan poco casi se les diera la harina. Cuando los demás vieron que era verdad, aumentaron a 24 familias el segundo mes. Durante el tercero eran 36. En total, dimos costales de 25 kilos a 45 familias. La harina les servía para dos o tres semanas.

Confianza en los laicos

Cada día, los misioneros somos menos en esa zona. Por eso les pido a los lectores orar por las vocaciones misioneras y para que el clero local también aumente. Hay diócesis de Mozambique que solamente tienen dos o tres sacerdotes para atender muchas comunidades. El clero diocesano ya se encarga de muchas parroquias que poco a poco hemos entregado.

Por esta razón los laicos son como nuestro «brazo derecho», porque en muchas zonas no podemos celebrar ni los domingos. Entonces ahí están los laicos, los agentes de pastoral realizando su labor. Los cristianos confían en el celebrante, si no llega el sacerdote, él toma su lugar y la gente celebra la liturgia con fe y devoción.

Debo agradecer a Dios por esta experiencia. Me sentí bien, aunque cargado de trabajo, sirviendo a las comunidades que humanamente podía. ¿Alguien querría ser misionero comboniano y ayudarnos? Lo que sé es que Dios continúa la obra. Él lleva adelante todo.

Texto y fotos:
P. José Luis MEJÍA, mccj
Mozambique 🛎



DE ECUADOR A ZAMBIA

La religiosa comboniana Sonia de Jesús García, originaria de Chilpancingo, Guerrero, ha desarrollado su labor misionera en Ecuador desde hace 11 años, con dos pueblos muy diferentes: entre los afros y los indígenas *chachis*. Aquí nos deja una pequeña experiencia para nuestros lectores.

Si quiere
seguir leyendo
suscríbese
aquí



«EN ÁFRICA, EL DOLOR FÍSICO ES DOBLE»

La misionera comboniana María Pedrón nació en Padua, Italia. Con su trabajo como enfermera y su testimonio misionero durante 40 años en Mozambique, ella nos reseña que ahí se dedica a sanar el corazón físico, pero que se siente comprometida a dar más, porque el dolor físico en África se duplica.

Me enviaron a Mozambique en 1977, y aquí estoy. En realidad, el destino que tenía asignado era República Democrática del Congo (RDC), pero aquí requerían una enfermera urgentemente. Entré al país durante la dictadura marxista. Tuve que omitir que era religiosa para comenzar mi labor en Muería, distrito de Nacala Velha, donde solo estuve un año debido a que abrieron un proceso político al padre Cristóforo Tissot y a mí por defender a un cristiano al que le estaban pegando.

En esa época se perseguía a la Iglesia: se cerraban templos, se hostigaba a los cristianos y la práctica religiosa era restringida severamente. Un político local me dijo: «Hermana, salga lo más rápido que pueda y vaya a un sitio donde no la podamos controlar». Por eso me fui.

Me destinaron a la comunidad de Anchilo, donde permanecí por 18 años. Después fui a Busi y ahora estoy en Marrere, donde continúo entre los enfermos. De joven, una enfermedad me había impedido llegar a la misión; hace poco, con toda una

vida entregada en Mozambique, la falta de salud reapareció. Esta vez fue cáncer, por lo que pasé nueve meses de recuperación en Italia, y regresé nuevamente.

Poco después de haber llegado, me encontré con una mujer musulmana que me dijo: «Hermana, recé por ti para que volvieras. Damos gracias a Dios y rezamos para que tengas salud». Estos son los hechos que me dan paciencia para continuar, siempre con la ayuda de Dios, porque sola hubiera hecho muy poco. Aquella mujer no fue la única. Cuando regresé, me dijeron que aunque no pudiera trabajar, que volviera, aunque fuera solo para estar aquí sentada; me decían: «cuando usted está, aunque no diga nada, las cosas son diferentes».

La verdad en las palabras

Cuando alguien se entrega, por amor a Dios, durante muchos años, la gente reconoce y valora el trabajo misionero, sobre todo cuando, como testigos de la Verdad, no callamos y exigimos aquello que beneficia a los más desfavorecidos. Una vez, cuando no llegaban los medicamentos al hospital, me quejé con un alto funcionario de sanidad: «¿Será posible que no puedan traer nada? ¿Tengo que comprarlo todo? ¿Quiere que cierre? Yo lo hago porque esto depende de Sanidad». Al siguiente día tuve medicinas. En otra ocasión, otro funcionario con mucho poder político estaba muy interesado por conocer la verdad sobre el fallecimiento de una familiar en el parto, tanto insistía que le dije: «Oiga, ¡hay tantas mujeres que mueren aquí, y nadie se preocupa...!». Es la verdad. Todo el que me conoce sabe que no me ando por las ramas. Debemos decir la verdad.

Trabajar más por los empobrecidos

Recuerdo una vez, en Marrere, que centenares de pacientes (no menos de 500) esperaban afuera del hospital para recibir mis atenciones; la gente apartaba su turno dejando una mazorca de maíz o una piedra. Había una gran fila de personas, piedras y mazorcas. Debido a esto, un medio de comunicación televisiva llegó para preguntarme: ¿Qué tiene usted para que la gente no quiera ser atendida en Nampula y aquí sí? Hasta fui criticada incluso por la superiora general y por algunas de mis hermanas que me decían que no rezaba y que



Varias mujeres esperan en las cercanías del Hospital General de Marrere, donde ahora trabaja la misionera

era «más activista que nadie». En Roma, le dije a la superiora: «ya que usted también es enfermera venga conmigo y dígame a la gente que a mediodía debo ir a casa a comer y a rezar». Ella me contestó: «María, vuelve con ellos, y que Dios te ayude».

Aún enferma, paso todos los días del año con los pacientes en diferentes centros sanitarios en los que laboro. Mi enfermedad me ayuda a entender a estas personas que deben ser tratadas como tal. Aquí, en África, el dolor físico es doble porque se sufre con la pobreza y la falta de cultura. Por eso siento que debo darles más. Prefiero trabajar aquí –con los más empobrecidos– como una mula, que ser agente sanitario en Italia. En este escenario se encuentran las mujeres y los niños.

Para concluir, les pido que no desistan en el ánimo misionero, como otros tantos, el pueblo mozambiqueño está muy cansado... En lo que a mí respecta, llevo aquí 40 años y no echo de menos mi tierra natal. ¿Alguien se anima a continuar la misión? Les pido una oración por mí.

Enviada por: **María PEDRÓN, mc**
Marrere, Mozambique 